

Apocalyptic Landscape,
de Ludwig Meidner.



MANUALES DE USO PARA ENTENDER EL CAOS

En tiempos difíciles los lectores solían evadirse con personajes fantásticos, relatos históricos o universos lejanos... Hasta hoy. Ahora la gente quiere que le expliquen por qué la vida se ha vuelto tan complicada de repente, y ahí están los ensayos para hacerlo. La no ficción vive su mejor momento.

TEXTO — ELENA MEDEL

La literatura tenía dos formas de navegar la crisis: la evasión de la novela o las dudas del ensayo. Ha elegido la segunda. «La gente busca motivos y metodologías para actuar. Todos queremos entender aquello con lo que nos bombardean», considera Irene Antón, de la editorial Errata Naturae. No solo desde un punto de vista económico, sino desde un análisis filosófico y sociológico. «Buscamos que la maraña de noticias tome forma y se asiente en conceptos y esquemas; queremos saber qué se puede cambiar, y cómo. Los libros de ensayo, o los que mezclan ficción y no ficción, facilitan esa perspectiva», añade.

La hibridación es una de las claves. Marta Sanz ya lo ejemplificó en 2008 con *La lección de anatomía*, entre la autobiografía y la novela, entre la reflexión social y política. «Pensaba en lo que queremos contar los escritores a comienzos del siglo XXI. La incorporación de la no ficción tiene

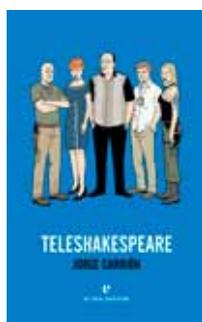
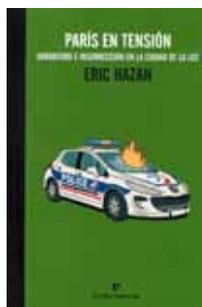
que ver con el hecho de que hemos interiorizado que contar verdades es una forma de mentir, y las mentiras entrañan a veces grandes verdades».

Resulta fundamental establecer etiquetas para la no ficción, el ensayo y otras pilas bautismales. Gabriela Wiener, autora de las crónicas *Sexografías* y *Nueve lunas*, recuerda que se trata de un campo «muy amplio y popular», y enumera con ironía algunos de los títulos bajo su paraguas: «Manuales de autoayuda, libros de cocina, la biografía de Eva Braun, las memorias de Joan Didion, los ensayos de Vicente Verdú o Barbara Ehrenreich y las crónicas de Alma Guillermoprieto». Desde la editorial Brígida aventuran, como definición, que la no ficción es «la escritura creativa aplicada a historias basadas en hechos reales que confluyen con la experiencia personal (memoria, ensayo, relato de viaje, epistolar)».

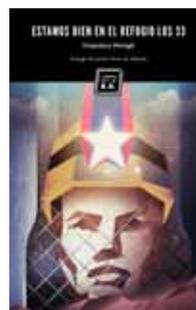
Un mapa para el ensayo

España acaba de incorporarse. Ana S. Pareja, de Alpha Decay –sello en el que conviven Thomas Frank, Primo Levi, Michel Foucault y los jóvenes Ernesto Castro y Pablo Muñoz–, considera que el género vive una «nueva juventud». En Libros del K.O., centrada en el libro-reportaje, sospechan que «la no ficción ha sido ascendida de categoría: los editores lo ven como un reclamo, no como una etiqueta que espanta lectores». Y Mercedes Cebrián –que en 2011 publicó *La nueva taxidermia*, entre la imaginación y la cirugía de nuestro tiempo–, compara la situación de la no ficción en España con la del documental: «Hace ocho años era inviable que una sala comercial los programase: ahora sucede con cierta frecuencia, y existe un interés creciente». Agrega que los dos últimos premios nacionales de narrativa han recaído en libros con un gran componente de hechos reales. Desde Libros del K.O. enlazan este repunte con la crisis del periodismo. «En una época en la que el lector abandona los periódicos tradicionales, se vuelve hacia los libros como formato para contar las grandes historias».

Miguel Aguilar —responsable de la mítica Debate— apunta a clásicos como Gay Talese o David Remnick, y reconoce un muy buen momento de la crónica latinoamericana. «Hay un importante factor, que es el papel de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y sus talleres, y de revistas como *Etiqueta Negra*, *Soho* o *Malpensante*». También hay hallazgos patrios «como Ignacio Martínez de Pisón, Javier Cercas o la recuperación de Manuel Chaves Nogales, que han contribuido a dar lustre a un género que a veces sufre por la acumulación de autoayuda, sensacionalismo o polémica», apostilla. Unas sombras a las que Daniel Moreno –de *Capitán Swing*, orientada al ensayo– añade la del «oportunismo de cierto tipo de ensayo, más cercano al panfleto». Para Moreno, exceptuando «dos o tres libros» que sí han calado entre los lectores –*¡Indignaos!*, de Stéphane Hessel, es uno–, «el ensayo necesita un mercado y, básicamente, tiempo: debemos crear aún las condiciones para ello».



Arriba, portada de *París en tensión*, de Eric Hazan. Sobre estas líneas, *Teleshakespeare*, de Jorge Carrión, sobre series de televisión. Ambos publicados por la editorial Errata Naturae.



Antología de crónica latinoamericana actual (Alfaguara); *Estamos bien en el refugio los 33* (Libros del K.O.), de Francisco Peregil, y *La nueva taxidermia* (Mondadori), de Mercedes Cebrián.



A sangre y fuego (Libros del Asteroide), de Manuel Chaves Nogales. Debajo, *Nueve lunas* (Mondadori), de Gabriela Wiener.

¿Y qué hay de la visibilidad de las mujeres? *La Antología de crónica latinoamericana actual*, que Alfaguara publicará a finales de enero, solo incluye a ocho, entre una cincuenta de participantes. «Existe un prejuicio contra la mujer: lo que en el hombre es sabiduría, en la mujer es molesto *marisabidillismo* o pedantería. Pasa también con el estilo literario: el hombre tiene estilo; la mujer se adorna en exceso o es cursi», considera Marta Sanz. Incluso así, al pedir nombres se repiten las maestras: Janet Malcolm y Joan Didion –de quien Mondadori prepara *Blue Nights* y una antología de sus crónicas–; las contemporáneas Alma Guillermoprieto y Leila Guerriero; u obras referenciales como *Correr el tupido velo*, de Pilar Donoso. También los de responsables al otro lado del papel, en la oficina, las gestoras, sobre las que Daniel Moreno aporta un curioso dato: «Acabo de preguntar por el *chat* a Donatella Iannuzzi, editora de *Gallo Nero*, y me dice que sobre todo es un problema de reconocimiento». El que empieza a cosechar el género con el que trabajan.